

La responsabilidad de los demócratas.

Los fervientes llamados a la reconciliación nacional formulados por Juan Pablo II en su visita a Chile no pueden caer en oídos sordos ni en corazones endurecidos por odiosidades, resentimientos ni prejuicios. No bastan las palabras de buena acogida expresadas por personeros del gobierno y de la disidencia; exigen gestos y hechos concretos que demuestren de ambas partes su voluntad real de buscar entendimientos que abran un camino pacífico a fin de restablecer, en el menor tiempo y con el menor costo, la soberanía del pueblo chileno para decidir libremente su destino.

Quienes ejercen el gobierno debieran comprender que no hay reconciliación posible mientras sigan dividiendo a los chilenos en amigos y enemigos, ^{persiguiendo} ~~ejerciendo el~~ ^{de a} ~~poder en detrimento~~ de estos últimos, desconociendo la personería de los disidentes y negándose a aceptar ningún cambio en los planes e itinerarios decididos unilateralmente por la autoridad. Los gobernantes mostrarían espíritu de reconciliación si pusieran efectivo término al exilio, levantarán los estados de excepción, admitieran la posibilidad de introducir cambios a la Constitución y a las leyes políticas y aceptarían buscar acuerdos sobre estas materias con los sectores democráticos.

La oposición al régimen también debe demostrar con hechos su voluntad de reconciliación. La que hasta ahora ha buscado el cambio político por la vía de promover la "rebelión popular", ^{debería hacerlo} ~~renunciando~~ al uso de la violencia, que causa víctimas inocentes, se ha demostrado ifenicz y a la postre favorece la perpetuación del autoritarismo. La oposición democrática, que hace años viene planteando la búsqueda de soluciones pacíficas y negociadas, ^{debiere hacerlo} ~~concretando~~ una proposición alternativa que la gran mayoría del país visualice como viable y que sea admisible para las Fuerzas Armadas.

Es sin duda plausible que la Alianza Democrática y otros partidos políticos hayan expresado formalmente a la autoridad eclesiástica su disposición a participar en la búsqueda de entendimientos que conduzcan a la reconciliación. Pero a nadie puede escapar que por mucha que sea la voluntad de la Iglesia para procurar acercamientos y promover el diálogo, ella no puede asumir el papel de interlocutor político ~~en~~ frente al gobierno.

El planteamiento de la campaña nacional por las elecciones libres constituye, sin duda, la formulación concreta y clara de un camino posible y constructivo para

retornar a la democracia. Interpreta la natural aspiración de cualquier demócrata y merece el más firme y generoso apoyo de toda la disidencia.

Pero las elecciones libres no son sino el procedimiento democrático para que el pueblo decida sobre su futuro. Ellas suponen la existencia de alternativas claras entre las cuales los ciudadanos puedan optar. No se trata sólo del dilema entre autoritarismo y democracia. El país sabe que lo primero significa la continuación del actual régimen bajo el mando del General Pinochet. No tiene claro, en cambio, qué significa la alternativa democrática en cuanto fórmula de gobierno, contenido programático, equipos y dirección.

La historia enseña que es fenómeno característico de las dictaduras la atomización de las fuerzas políticas. Pero corresponde a los demócratas demostrar, con visión de futuro y generosidad, que son capaces de unirse en torno a criterios comunes y bajo una dirección unitaria que merezca la confianza y el apoyo de la gran mayoría de los chilenos.

Las proposiciones de la Alianza Democrática, el Acuerdo Nacional y las Bases de Sustentación de dicho Acuerdo aprobadas por numerosos partidos, demuestran que existe coincidencia de criterios en un amplísimo espectro partidario/ en cuanto a las bases fundamentales de una alternativa democrática para Chile.

¿Por qué, sin embargo, esa coincidencia no se traduce, de una vez por todas, en un planteamiento unitario capaz de movilizar a todos los demócratas?

La opinión pública no entiende que quienes plantean la necesidad de un gran acuerdo nacional con las Fuerzas Armadas para restablecer la democracia, no empiecen por ponerse de acuerdo entre ellos. Su natural desconfianza ~~la~~ la lleva a atribuirlo a sectarismos ideológicos, mezquinos intereses de grupos o ambiciones personales. Con desconcierto y desaliento, muchos demócratas no se sienten motivados para jugarse.

El tiempo apremia. Es ostensible que el oficialismo está en plena campaña para perpetuarse en el poder. De poco servirá que el pueblo aspire abrumadoramente a otra cosa, si los partidos políticos democráticos no le presentan luego una alternativa clara de gobierno, con un programa mínimo -justiciero y realista- que todos se comprometan a impulsar y bajo la dirección de una persona capaz de concitar la mayor confianza nacional y el más amplio universo de adhesiones, a las que todos otorguen generoso apoyo.

Esta es, en esta hora, la gran responsabilidad histórica de los demócratas y la única manera de desmotrar con hechos los propósitos de reconciliación.